

Pisagua era en 1879 una aldea de pocos habitantes, agrupados alrededor de la estación del ferrocarril salitrero. En la parte sur de la bahía, al pie de un contrafuerte de piedra que penetra en el Océano llamado Punta Pichalo había un fuerte de barbata, con parapetos de sacos rellenos con arena, armado con un cañón Parrot de 100 libras. En la misma bahía, en su extremo Norte, se alzaba otro fuerte análogo con igual armamento, dominando otro estribo que también penetra en el mar denominado Punta Pisagua. Como la rada es estrecha los cañones de los fuertes podían cruzarse. Los peruanos estaban ocupados de colocar otro en medio de ambos, pero no estaba terminado el día del combate. Estas fortificaciones se habían hecho en el último instante, de tal manera que la antevíspera del ataque vino a Pisagua el General Buendía, con su ayudante Sáenz Peña, a presenciar el estreno del fuerte Pichalo o Sur, al que se iba a bautizar con el nombre de "2 de mayo", aunque por lo bajo se susurraba que a lo que venía realmente era a examinar el espíritu de la división boliviana.

La lengua de tierra que forma la playa entre los puntos mencionados es angosta y muy accidentada, y está bordeada en la orilla del mar por rocas, que son posiciones admirables desde las cuales el soldado en acecho dispara de mampuesto. La angosta faja es ondulada, con colinas suaves, y con inclinación en anfiteatro hasta los vecinos cerros situados a su espalda. Desde las primeras gradientes se cubre la playa con fuegos dominantes, y a medida que se ascienden el ángulo de tiro se hace más y más perpendicular. Pisagua se puede comparar a una casa de varios pisos. Para asaltarla había que tomárselos de uno en uno, subiendo las pendientes escaleras con suma dificultad, y sus defensores favorecidos por la inclinación del tiro, por el cansancio que el escalamiento produce en los asaltantes, se correrían de un piso a otro a medida que

su posición fuera forzada. Por exagerada que parezca esta comparación se ajusta a la verdad, y aun hay que agregar una dificultad más, la de aproximarse a ese edificio en botes, pudiendo los soldados de la ribera, dominar desde sus invulnerables guaridas una zona marítima de 300 a 400 metros sin riesgo alguno para ellos, y con mucho para los que recibieran sus fuegos.

En resumen la toma del puerto exigía primero vencer la línea de los fuertes; pasar bajo una lluvia de balas una zona de cuadra y media a dos cuerdas en el mar antes de abordar la playa; en seguida forzar la línea de soldados ocultos en las rocas de la costa y hecho esto, escalar los cerros cubiertos con tierra suelta, que se desmorona con los pasos del hombre, y defendidos por líneas sucesivas de tiradores distribuidos en zanjas, o en los terraplenes del ferrocarril que sube a la cumbre por un camino de caracol.

La azotea del edificio, o sea, la planicie que domina la playa se llamaba el Hospicio, y servía de campamento a la guarnición boliviana compuesta de dos batallones. Alrededor de él no faltaban alegres ventas de los artículos de mayor consumo del soldado.

*Defensores de
Pisagua*

Guarnecían la plaza tropas de infantería y de artillería mandadas como lo he dicho por el teniente coronel Recabarren, quien cedió su puesto el día del combate al General Buendía; jefe de los fuertes el capitán de la armada peruana don José Becerra; comandante del fuerte Norte el capitán don Ignacio Suárez; en el fuerte Sur estaban el comandante don Manuel Saavedra y el oficial don R. Tamayo. Los defensores de los fuertes eran 245 hombres, en su gran mayoría peruanos reclutados entre los cargadores y fleteros del puerto. Fuera de esa guarnición tenía la plaza alguna tropa cívica y los trabajadores de ribera organizados como los Navales en nuestro ejército, y un destacamento de la guardia civil de Arequipa. Según los cálculos más prudentes el total de fuerzas peruanas no bajaba de 500 hombres.

Agregándole los 850 bolivianos, cifra que aceptaron las autoridades de este país después del combate, la guarnición de Pisagua era el día del asalto de 1.300 plazas más o menos.

La tropa boliviana que cubría la sección Norte del territorio de Tarapacá estaba a las órdenes del general don Pedro Villamil, sirviéndole de Jefe de Estado Mayor el coronel don Exequiel de la Peña. Se componía de cuatro batallones, organizados dos en La Paz, el Victoria y el Independencia, y dos en Cochabamba, el Aroma y los Vengadores, distribuidos en campamentos distintos para evitar las riñas de paisanaje, porque en Bolivia todo hombre tiene una Patria grande y una Patria chica, ésta más exigente y pendenciera que la otra.

Los Pazeños, estaban en Pisagua. Eran el Victoria con 498 hombres efectivos mandados por el coronel don Juan Granier, y el Independencia con 397 también efectivos. El jefe este era el comandante Donato Vásquez. La distribución de los cochabambinos era así: los Vengadores en Agua Santa y el Aroma en Mejillones del Perú, y podían reunirse en dos o tres horas a las fuerzas de Pisagua.

Los batallones pazeños que se encontraban en Hospicio, al divisar a la escuadra chilena en la mañana del 2 de noviembre, bajaron precipitadamente a ocupar la orilla del mar y los edificios de la población, en especial la estación del ferrocarril y la casa de la compañía de salitres, o a colocarse detrás de las rumas de salitre ensacado o de carbón a granel, o en las zanjas en espiral de la

gran muralla de la espalda, a lo largo de los terraplenes de la línea férrea. Desde los buques se veía un hormiguero negro que subía y bajaba en sentido contrario, sobre el suelo calcinado y amarillento. Unos eran las mujeres y niños que huían trepando el cerro por los caminos de herradura; otros los soldados que acudían a ocupar sus puestos.

Si el combate se hubiera librado de conformidad con las instrucciones impartidas el día anterior, se habría desarrollado de la manera siguiente: el convoy se habría presentado a las 4 A. M., delante de la plaza y la habría sorprendido, en un momento en que se suponía que sus defensores estaban entregados al sueño. La disposición era buena, pero ilusoria, porque no había manera de evitar que fuera visto de tierra con la suficiente anterioridad para que cada cual tomase el sitio que le estaba designado en una localidad tan estrecha, y con distancias tan reducidas.

La otra disposición fué que los buques de guerra dejasen sus botes a cargo de oficiales a retaguardia del convoy y que durante el bombardeo la gente bajase a las embarcaciones, y los remeros estuviesen listos para bogar a la playa tan luego como el buque jefe, que era el *Cochrane*, les avisase que podían

Sotomayor había calculado que el convoy de botes y lanchas podía conducir en cada viaje 900 hombres, número suficiente para sostener el fuego, protegidos por los cañones de la Escuadra, mientras el convoy regresaba en busca de otra partida igual.

En sus apuntes privados se encuentran estos datos que revelan su minuciosidad y previsión.
avanzar.

"Loa 7 botes para 142 hombres; *Copiapó* 5 botes para 100 hombres; *Limari*, 5 botes para 100 hombres; *Matías Cousiño*, 3 botes para 30 hombres; *Paquete del Maule*, 4 botes para 40 hombres; *Huanay*, 4 botes para 65 hombres".

Y agregándole las embarcaciones menores de la Escuadra que podían conducir 450 hombres más, se completaba la cifra que conceptuaba indispensable para la operación. No entra en este cálculo la estimación de fuerzas para la operación de Junín que quedaba a cargo de otros transportes no mencionados en este cómputo.